



Barcelona, 1972. Don Manuel con el P. Raineri, el Tesorero Regional de AA. AA. y don Juan Canals, en las Jornadas de Formación Salesiana para Cooperadores.

TEMPLO DEL TIBIDADO
BARCELONA

MANUEL DIAZ LEDO, SDB.

A la espera de breves comunicados de quienes le conocieron, para mejor ofrecerlos el perfil biográfico de este gran salesiano que nos dejó el 11 de mayo de 1982, se nos ha retrasado el envío de estas notas, que quisieran ser un *homenaje* a la salesianidad de un corazón impetuoso, que amó a la Congregación como nadie, y un *acicate* que nos lleve a vigorizar nuestros compromisos como cristianos y como salesianos.

GALLEGO

El catalán, que hablaba con precisión, no disimulaba su origen gallego: había nacido el 1 de junio de 1912 en Casasoá (Orense), cuyas verdes tierras, cuya cultura y cuyas gentes llevaba metidas en su corazón, no por la *morriña* o la *saudade* que acompaña a todo gallego lejos de su patria chica, sino porque de Galicia nos vino a nuestra Inspectoría un bravo grupo de mocetones —Sergio Quintas, Domingo Pérez, Fernando Iglesias, Manuel Díaz...—, que, sin dejar de ser nunca gallegos, engarzaron de maravilla en las tierras levantinas y añadieron su peculiar estilo jovial al estilo salesiano.

Hechos y dichos en torno a otros gallegos queridos (don Digno Outeriño, don Daniel Conde, don Manuel Pérez), anécdotas de aspirantado, chascarrillos y recuerdos afloraban a los labios de nuestro llorado don Manuel, haciéndonos alegremente familiar este grupo de salesianos gallegos a todos aquellos que vinimos a la Congregación veinte o veinticinco años más tarde.

SALESIANO

Conoció la vida salesiana en Sarriá, de donde fue alumno el año 1922. Sus padres lo ofrecieron a la Congregación al año siguiente, cuando él pidió ir al Aspirantado Salesiano en 1923. Estuvo en Campello hasta 1927. A partir de entonces, su periplo salesiano fue el siguiente:

Noviciado en Sarriá (1927-28). Profesó el 6 de agosto del 28.

Filosofía en Sarriá (1928-29) y en Gerona (1929-30).

Trienio práctico (1930-1934) en Villena, San Vicente y Huesca.

Profesión perpetua en la Crocetta (Turín) el 6 de julio del 35.

Teología en la Crocetta (1934-37) y en Carabanchel el año 1939-1940.

El 30 de junio de este mismo año fue consagrado sacerdote por don Marcelino Olaechea.

Estudios civiles: Ya sacerdote, hace el Examen de Estado y cursa estudios de Filología Clásica hasta 1946. Bien dotado, fue un excelente estudiante y un gran maestro. Don Galizia, profesor en la Escuela Superior de Latinidad, que lo conoció en Londres, se lamentaba de la pérdida de don Manuel para empresas mayores. Y es que don Manuel Díaz, si una vocación tenía —según propia confesión— era la de estar con la juventud de nuestros colegios y con los antiguos alumnos. Catedrático en la Pontificia de Salamanca (1951-1958), añoraba sus años de Consejero y Catequista en Mataró y en Valencia (1946-1951). Después de Salamanca, fue Delegado Inspectorial de Antiguos Alumnos y Cooperadores por Valencia (1958-61) y Director de Villena durante el trienio 1961-1964. Tras cuatro años, divididos entre Alicante y Valencia, recaló (1968) otra vez en Barcelona, donde también fue encargado de los Antiguos Alumnos, pasando los últimos años de su vida en esta casa del Tibidabo, a los pies del Sagrado Corazón.

SU MUERTE

Don Manuel había sido operado de cáncer en la garganta en junio de 1979. Le practicaron la hemilaringotomía, lo cual supuso un cambio radical en su

vida, al perder la voz. Repuesto y con un nuevo sentido en sus actividades, no dejó su contacto con los Antiguos Alumnos, entre los cuales sufrió el accidente que le llevó a la tumba: fue en el encuentro regional de Antiguos Alumnos del 18 de abril de 1982 en Mater Salvatoris. Al bajar unas escaleras para ir a misa que celebraba el P. Inspector, se desplomó golpeándose contra la pared y contra el suelo, perdió el sentido que ya no recobró en los 23 días de lucha entre la vida y la muerte, que pasó en la Clínica de la Sagrada Familia, a donde los mismos Antiguos Alumnos le llevaron con toda urgencia. Moría a las 7'45 del 11 de mayo.

¿QUE DECIR DE SU PERSONALIDAD?

Desde un alumno suyo en la Pontificia —hoy obispo— que lo admiraba por su activa manera de enseñar, hasta el antiguo alumno, que en el funeral decía que todos ellos tenían alguna anécdota por la que creían ser sus amigos íntimos y personales, todos guardan de él un recuerdo cariñoso. De manera que se me hace bien difícil retratar su personalidad:

«Fogoso, inquieto, trabajador, movido, amigo de todos. Era jovial, extrovertido. Animador y estimulador de buenos y malos estudiantes, ningún alumno suyo lo recuerda por sus exigencias como consejero de estudios, sino por su capacidad de demostrar que los quería con el mejor estilo salesiano».

Tenía un fuerte bagaje cultural, que asomaba en su conversación de manera sencilla, sin petulancias. Nunca, quienes éramos más jóvenes, nos sentimos extraños a su lado. Un compañero de adolescencia nos escribía que

«Fue un estudiante brillante, pero jamás se vanaglorió de ello. Convivimos, de muchachos, por espacio de cuatro años y su recuerdo ha ido siempre acompañado de mi admiración por su amor al trabajo y al estudio, su afán por hacer bien las cosas, aun aquellas que, aparentemente, carecían de importancia».

Todos lo habéis conocido. Habréis escuchado alguna de sus conferencias sobre Antiguos Alumnos, quizá algún novenario. En sus charlas y sermones don Manuel era siempre el mismo: *puro fuego*. Su personalidad se volcaba toda en su palabra. De ahí que su última enfermedad fuera para él un verdadero martirio, por lo que significaba de renuncia de sus posibilidades: llegar a los suyos por la palabra, ya fuera en amigable conversación o a través de la oratoria sagrada.

En sus últimos años dedicó sus energías, y puso todas sus ilusiones en ser útil a la Congregación y a la Familia Salesiana, dentro de los límites que

su enfermedad le imponía. Para ello se entregó con ilusión, atención y efectividad a la traducción de textos italianos que le encargaban los salesianos, y sobre todo las Hijas de María Auxiliadora.

¡Cuántas páginas de espíritu salesiano han sido traducidas y pasadas a nuestra lengua por la pluma siempre ágil de don Manuel!

Característica de don Manuel es el número considerable de amigos que tenía: no se olvidaba de ellos en ningún instante, sobre todo en los momentos de dolor y aflicción. Seguía a cada uno con cariño, con detalle, preocupándose de todas las situaciones.

Sus amigos de Villena describen así un viaje con él a Barcelona:

«Quedamos satisfechos, pues su paso por diferentes ciudades era motivo de amistades y alegrías».

Un Antiguo Alumno de Turín nos dice:

«Qui a Torino per me era una festa quando potei ospitarlo; ora mi mancherà un altro amico».

Y otro de Barcelona se presenta

«Como testigo de excepción de cómo vivía el apostolado de los Antiguos Alumnos, al que dedicó todos sus desvelos».

Ciertamente por ellos vivía y se desvivía. Los amó siempre y mucho, y por ellos hizo enormes sacrificios y entre ellos murió.

Leemos en carta de un antiguo alumno:

«Don Manuel fue un auténtico hijo de Don Bosco; profundamente enraizado en aquellas esencias de salesianidad, que supieron infundirnos aquella pléyade de abnegados y auténticos santos salesianos, que cuidaron de nosotros en nuestra adolescencia...».

Otro rasgo de su personalidad era el sumo cuidado que ponía en sus sermones. Es lo único que ha dejado escrito: charlas y homilias y ejercicios espirituales. Ponía todo su entusiasmo para hacerlo bien y honrar al Señor y a su Madre.

Su carácter vivaz, enérgico y fogoso, sufrió un cambio con la enfermedad y se convirtió, asimismo, en motivo de dolor para él: su humor se agrió un tanto por las limitaciones a que se vio forzado y, últimamente, tenía unos pronto muy fuertes, que luego reconocía y lloraba. Su enorme amor a la Congregación se manifestaba también en la no aceptación de lo que él creía actitudes novedosas. Los abandonos de aquellos a quienes quiso como hermanos le hacían mella, sobre todo si habían dado a Don Bosco lo mejor de su vida.

LOS AMORES DE DON MANUEL DIAZ

Todos coinciden en señalar que los grandes amores de don Manuel, norte de su vida, fueron María Auxiliadora, San Juan Bosco y la Congregación Salesiana. Los tres amores le llevan a un sentimiento de «gratitud a Dios, benevolente y misericordioso».

No hace falta entretenerse para demostrar estas afirmaciones. Don Manuel, en sus años de Director, hizo vibrar a Villena en amor a María Auxiliadora. Vivió maravillado la novena y fiesta de María Auxiliadora en Ciudadela y no dudó en calificarla de única. Fueron muchas las fiestas de nuestra Auxiliadora, que él predicó con verdadero fervor y entusiasmo.

Escribe un salesiano que

«era devoto, muy devoto de la Virgen. Se veía y se notaba en su modo de hablar de Ella. Y en su manera de rezar».

Las archicofrades de Villena nos comunican que se sentían contagiadas por su dinamismo y actividad, tanto cuando se trataba de allegar fondos para las obras del internado que él encontró hecho, pero sin pagar, como para salir a la calle —en un mayo lluvioso— con la carroza de la Virgen, tres veces engalanada y otras tantas aplazada por la lluvia. Y acaban:

«El no descansó hasta sacar a la Virgen a la calle a bendecir al pueblo y las casas».

Su amor a Don Bosco queda plasmado en el amor a su obra total: la familia salesiana en sus diversas ramas. Aquí podrían hablar, sin duda, tantos Cooperadores, Hijas de María Auxiliadora y no pocos Antiguos Alumnos, que fueron objeto de sus atenciones. Prueba de ello, el funeral, al que asistieron, además de numerosos hermanos salesianos, un nutrido grupo de FMA, Cooperadores y Antiguos Alumnos, venidos de Villena, Valencia, Barcelona, Gerona, Mataró...

No pocas ideas de esta carta fueron expresadas en los saludos de despedida, que le dirigieron en la misa-funeral.

Verdaderamente don Manuel amó a la familia salesiana.

LEYENDO SUS PENSAMIENTOS

Con ocasión de su enfermedad y operación de garganta, don Manuel dejó escritos unos pensamientos, que reflejan su estado de ánimo final. Perdonadme que os transcriba siquiera unos párrafos, pocos y breves, que pueden movernos a honda reflexión personal:

● «Debo ver en los sufrimientos de la operación y del postoperatorio, y en las limitaciones —para mí más dolorosas— que me traerá todo esto,

un regalo de Dios para darme tiempo y ocasión de resarcirle por mis pecados y tibiezas y por el amor desordenado a mí mismo».

● «Señor, me causan mucho miedo mis pecados, mis ingratitudes, el vacío real ante ti de mi vida, que ha sido un debatirme continuo entre mi consagración a Ti (cristiano, salesiano, sacerdote) y el buscarme a mí mismo, incluso cuando a los ojos de todos —y oficialmente— te buscaba a Ti y al prójimo para Ti».

A veces recoge alguna idea de sus lecturas. Conserva un recorte de *La Vanguardia*, que incluye estas frases:

«—Percatarse, de pronto, de que se deja de ser útil, es un trauma no siempre fácil de neutralizar.

—La mayoría de las personas fueron educadas para trabajar, y cuando tienen toda la jornada para sí, no saben cómo pasar las horas.

—No tuvieron ocasión ni ganas de desarrollar distracciones que colmaran los ratos de ocio.

—La cultura que es uno de los mejores, más variados e inagotables entretenimientos, amén de enriquecer como ningún otro el espíritu, no suele ser compartida por la masa.

—Un aprovechamiento inteligente de ese montón de horas muertas debería permitir que todo el mundo descubriera su *violín de Ingres*, y lo ejercitara después con intensidad creciente». (*Luis Permanyer*.)

Don Manuel añade su apostilla personal:

● «Viraje... ¿Anulación? ¿Inutilidad? ¿Vacío? ¿Pérdida de toda ilusión? No, únicamente *viraje*, cambio de formas, pero siempre dentro de la misión salesiana, partiendo siempre de la aceptación de mi nueva situación y empeñadísimo en adaptarme a ella... Debo pensar seriamente, para cuando se produzca mi recuperación (y en la medida en que ésta se produzca), en cómo ocuparme, en qué ocuparme, en fijarme un objetivo, un horario, un plan, un programa para estar ocupado en algo fijo y ordenado, y así llenar útilmente mi jornada y prestar los servicios a mi alcance dentro de la Comunidad. Deberé ordenar bien mi plan de oración y adoración en la Capilla».

● «De la muerte no me asusta tanto el morir al mundo y a mí mismo, cuanto el dolor que la precede y el juicio divino que la sigue».

Los que hablaron con él en esos tres últimos años se habrán percatado de su preocupación por la muerte, por el trabajo útil y el dolor por el tiempo perdido.

Con Cecil Rhodes exclama en sus escritos:

«*So little done, so much to do*» (he hecho tan poco y me queda tanto por hacer...). Si incluso los santos más santos murieron con el dolor de

los propios fallos y con la nostalgia del bien no realizado, ¿nos extrañará que don Manuel expresara su propia preocupación?

Y de Leclercq («*La joie de vieillir*») recoge estas ideas:

«Se admite el más allá en teoría, pero se habla de la vida sobre la tierra como si no hubiera otra, y se considera que el mismo cristianismo no puede tener otra razón de ser que la de hacer hermosa la vida sobre la tierra. Se rechaza, pues, la idea de la muerte, se evita hablar de ella, y ya no entra en la imagen que uno se hace de la vida».

Hermanos, que estos pensamientos del propio don Manuel nos animen a encontrar el verdadero sentido de nuestra vida para que nuestro trabajo salesiano adquiera su verdadera dimensión: «la gloria de Dios y la salvación de las almas» (*Constituciones, art. 42*).

Don Manuel ya es historia. Historia simpática, inquieta, extrovertida. Nos será difícil olvidarlo, pero que nuestra memoria sea hecha de oración: «Rogamos por él. Su recuerdo es para nosotros un estímulo para continuar con fidelidad nuestra misión» (*Constituciones, art. 66*).

Acordaos también de vuestros hermanos en Don Bosco de la

COMUNIDAD DEL TIBIDABO

